

Prefacio

Ciudad de México, 11 de diciembre de 1794.

El torbellino de polvo que se elevaba por los aires dejaba tras de sí una densa cortina cafésosa, que era acompañada por el compás rítmico del galope de los imponentes corceles que, con fuerza, impulsaban el azabache carruaje de acero y madera. A medida que se acercaba, daba pequeños brincos producto de la irregularidad del terreno; como era de esperar, estos imprevistos impulsos que remecían su pesada estructura hacían emular en su interior un pequeño sismo, como si inconscientemente supiera que, dentro de esa oscura carroza, se trasladaba el secreto más importante y peligroso de la cruzada religión que estaba colonizando el nuevo mundo.

Un desconcertante enigma que podía hacer estremecer como un terremoto toda su estructura de poder, que había forjado bajo imposición por más de un milenio y medio.

Las dos pequeñas copas de cristal que contenían un movedizo vino tinto vibraban de tal forma que amenazaba al brebaje con salir expulsado de sus bordes, situación que tuvo que ser aplacada y ser consumido en un sincronizado y único sorbo. Un quejido de satisfacción surgió de la garganta de un distinguido hombre de espesa peluca blanca, que finalizaba con una cola amarrada; vestía una impecable levita de terciopelo café con encajes de seda, con una fina camisa clara con volados que ajustaba sobre el cuello una delicada corbata blanca que terminaba en flecos, mientras que sobre sus angostos pantalones reposaba un negro sombrero de copa y, apoyado sobre la puerta de su lado, un hermoso bastón con empuñadura de plata.

—Me alegro mucho de que nos viniera a visitar desde tan lejos, padre — señaló el elegante individuo mientras se limpiaba su boca con un pañuelo, dejando entrever un colosal anillo de oro en su dedo anular izquierdo y emitiendo una tímida sonrisa de su terso rostro—. Es afortunado, es uno de los mejores vinos del cabernet franc traídos desde Francia —se jactó, mostrándole la copa.

—Buen olor, buena textura y exquisito sabor, esas tierras francesas definitivamente están bendecidas por el Señor. Muchas gracias, Su Merced.

—No es nada, padre —respondió el hombre de la peluca blanca—, es un honor tenerlo aquí. El arzobispo Alonso Núñez de Haro y Peralta me encargó personalmente recibirlo y atenderle como corresponde.... ¿Hace mucho que conoce al padre Servando?

El fray iba a contestar, pero el hombre al verlo algo incómodo con la copa en la mano, se la tomó y la dejó junto a la suya en un cajón que tenía en el suelo.

—Desde que era seminarista, fui su profesor —mintió instintivamente el fraile.

El religioso sabía que nadie debía conocer que sería su primer encuentro con el padre más popular del Virreinato de la Nueva España, mucho menos dar alguna pista de la misión secreta que se le había encomendado desde el sur del continente y de la cual estaba consciente de que el espionaje en las colonias españolas se había intensificado en contra de los seguidores de su orden oculta, y de la que solo unos pocos sabían de su existencia.

—Hace muchos años que no lo veo, es un extraordinario hijo de Dios —continuó con la mentira—. Tenemos mucho que recordar de los viejos tiempos, será una buena conversación y espero que sea acompañado con un buen vino como el suyo, Su Merced.

—Sí, un buen vino y un muy buen regalo —ironizó jocoso el fino hombre, observando un mediano cofre de madera que el fray tenía sobre los muslos y afirmado con ambas palmas.

El padre miró el cofre y le dio vuelta dejando la cerradura al frente, luego le quitó el seguro que estaba sin candado y lentamente lo abrió. El hombre de la blanca peluca mostró algo de impaciencia y se empinó un poco para mirar con curiosidad su interior. Un pequeño brinco del carruaje lo hizo perder la atención, pero inmediatamente volvió a poner sus verdes ojos en visión fija dentro de la caja de madera, como si fuese una precisa mira telescópica. Al interior de ella se veían varios apetitosos dulces con forma de varillas largas, cubiertos de grageas que cubrían toda la superficie de su interior.

—Son turrónes del Señor de los Milagros, es un riquísimo dulce que está deleitando las pupilas gustativas en el Reino del Perú. Su majestad Carlos IV y toda la Corte Real allá en España no se imaginan los dulces que hay aquí en las Indias.

El fray se estaba refiriendo al conocido Turrón de Doña Pepa, un dulce tradicional peruano de la época colonial, cuyo origen se remontaba a la recuperación de una parálisis de los brazos de una esclava de raza negra, llamada Josefa Marmanillo, quien se sanó al rezarle al Señor de los Milagros, el Cristo de Pachacamilla, que era una pintura de Jesús ubicada originalmente en una pared de adobe de esa zona. En agradecimiento creó el famoso dulce que constaba de una masa de harina de trigo, manteca, leche y canela bañada en miel.

Las temblorosas manos del fraile tomaron uno de estos dulces y se lo pasaron al hombre.

—Tome, pruebe uno, sino se arrepentirá toda su vida.

El hombre de la levita café dudó como desconfiando, pero luego de manera cautelosa lo tomó y le dio una mascada.

—Mmm, un sabor extraño pero delicioso, tenía razón padre, no probarlo hubiera sido poco menos que un pecado. Recuerde que, cuando termine su encuentro con el padre Servando, mi cochero lo pasará a buscar y lo llevará a mi posada que es, modestia aparte, la mejor de la Nueva España. El arzobispo Alonso Núñez de Haro y Peralta no me perdonaría no alojarlo ahí, mañana lo esperará en su residencia para asistir al magno evento.

—Perfecto, le estoy muy agradecido —musitó el padre.

El cochero detuvo el pesado vehículo frente a un templo que pertenecía al convento de la Orden de Santo Domingo, una monumental construcción de estilo barroco terminada solo algunos años atrás por el arquitecto Pedro de Arrieta, la cual se distinguía con tres cuerpos en la fachada construida con cantera gris y revestimiento de tezontle, un tipo de roca volcánica que se encontraba en las laderas de los cerros. El hombre vestido de negro se paró frente a la puerta del coche de aspecto cerrado y, con solemnidad, la abrió.

Del carruaje salió el fray que, al estar de pie, se notaba encorvado, con algo de dificultad para moverse, además una seca tos le apareció de improviso, pero

eso no le impidió despedirse con una bendición de su acompañante, quien con un saludo militar y una extraña sonrisa le respondió la despedida.

—Bienvenido padre, lo están esperando —dijo otro sacerdote, señalando con un ademán al enclenque pasajero el camino a seguir.

—Muchas gracias —contestó apenas el hombre de semblante cadavérico, quien llevaba consigo el viejo cofre de madera aprisionado con fuerza.

El fraile dominico y el monje del sayal negro ingresaron por un costado del convento por un frío pasillo de suelo de piedras rasas. Avanzaron, y el padre del cofre sintió un intempestivo mareo con un fuerte estremecimiento de su visión, que casi lo hizo caer, pero fue sujetado por su acompañante, quien le preguntó si estaba bien.

—Tengo una falla en el pulmón y se me corta el aire cuando hago un esfuerzo extra, eso me hace marear. Ha sido un largo viaje —murmuró suspirando para recuperarse y continuó su marcha arrastrando los pies, mientras varios frailes dominicos pasaban a su lado y, al verlo, lo saludaban con reverencia.

Sus pasos finalmente se posaron al frente de una gruesa puerta de madera, la cual golpeó en tres ocasiones ante la avenencia del fraile que lo acompañaba.

—¡Adelante! —se escuchó entonces desde el interior.

El religioso que llevaba al visitante abrió la puerta produciendo un crujido con un aullido ensordecedor, entraron y el fraile se sentó en una silla de madera y el otro monje salió inmediatamente de la habitación, que consistía en un habitáculo con pocos muebles y lúgubres características.

Con el cofre entre sus manos observaba cómo un hombre con hábito blanco y manto negro, observaba el horizonte a través de la ventana como quien medita con el peso de una tormenta de cavilaciones que acongojan el alma. En su figura resaltaba su solideo de color negro que *agazapaba* parte de la lisa melena negra que le alcanzaba el cuello.

—Bueno, al parecer con la gracia de Dios, llegó el momento —dijo el hombre con voz profunda, dándose vuelta y quedando de frente al monje del cofre.

—Fray Servando, le traigo los escritos secretos de los frailes Ramos Gavilán y Antonio de la Calancha, llevan más de un siglo guardados, y es menester que